

RUSSELL P. SEBOLD, GRANDE DE ESPAÑA

El 7 de abril del 2014 llegó a su fin una historia de amor que había durado decenios. La de Russell P. Sebold (Bud Sebold) con España. Un amor que Sebold vivió con la sabiduría y la pasión que eran una parte integral de su ser y que transmitió, en brillantes, sabias y apasionadas palabras, durante toda su vida.

Su muerte no ha tenido la repercusión que su obra merecía, ni se le han rendido los homenajes y recuerdos a los que sus años de amoroso cuidado a España y a la literatura española le daban derecho. España, la vieja y altiva España, ha sido, con Sebold como con otros muchos, amante ingrata y olvidadiza. Tan sólo colegas, compañeros y amigos han recordado la figura de este español nacido en tierras lejanas, maestro de la prosa en castellano y descubridor de tesoros en nuestra literatura.

El primer tesoro que descubrió Sebold fue el siglo XVIII. Él mismo cuenta que Américo Castro, su maestro en Princeton, le encargó una tesis sobre teatro renacentista. Pero Sebold ya había decidido su rumbo y convenció a Castro para que el tema de su tesis fuera muy diferente: *Fray Gerundio de Campazas*. “Yo era un tipo relativamente tímido; pero a un tímido désele una causa en la que pueda creer férvidamente, y nacerá un militante” decía Sebold (2010: 18) recordando ese episodio. Y, efectivamente, en militante se convirtió. Militante del XVIII y militante de la literatura española.

Que leyó a fondo y sin ningún tipo de freno, ni prevención. Lector torrencial y exhaustivo, leía para investigar y para descansar de la investigación seguía leyendo: “al sentirme agobiado, frustrado o simplemente apático por un exceso de trabajo, me escapaba leyendo alguna obra de uno de los grandes novelistas de los últimos decenios del siglo XIX. Leí *Pepita Jiménez* de Valera, *El escándalo* de Alarcón, *Los pazos de Ulloa* de Pardo Bazán, *Peñas arriba*, de Pereda, etc., etc. Mas, al ir multiplicándose estas escapatorias con el paso de los años, resultaba que los dos mundos novelísticos donde me refugiaba con mayor frecuencia eran los de Galdós y Palacio Valdés.” (2011: 105). Son palabras de sus últimos años, en un artículo de *Salina*, escrito con la sabiduría y la experiencia de su larga historia de amor y pasión con la literatura española.

En los escritos de Sebold siempre están presentes, muy presentes, las lecturas. “Lo que el lector tiene en sus manos ahora es una obra sobre los líricos españoles de casi tres siglos y medio *par eux-mêmes*, por decirlo así, por sí mismos, porque en todos los capítulos que siguen me he basado siempre en testimonios escritos que nos dejaron los poetas y los críticos de poesía de esos tiempos. Lo he hecho así por evitar la falsedad inherente a esa terminología, esas ideas sobre la periodización y esos juicios valorativos sobre los poetas que nacen de la deplorable tendencia de nuestro tiempo de juzgar todos los pretéritos por ideas recibidas y por nuestros valores muy diferentes o, peor aún, por el capricho” (2003: 13). En estas palabras, presentes en una de sus más redondas y completas obras, *Lírica y poética en España, 1536-1870*, están todas las cualidades de Sebold: la lectura exhaustiva de las fuentes, el estudio de la recepción contemporánea de las obras literarias, el conocimiento del ambiente, del mundo, de la sociedad donde vivían esos autores, la búsqueda incesante, exhaustiva, en bibliotecas, la investigación como forma de vida y de actividad intelectual, la rebeldía contra los valores críticos establecidos, que se complacía en poner en solfa una y otra vez, las propuestas originales y personales nacidas de su lectura y sus conocimientos, la valentía con las que las presentaba y el apasionamiento y, a veces, la agresividad, con que las defendía: “La triste suerte del romanticismo español en nuestro siglo es que la mayor parte de los estudios que se le han dedicado han sido escritos por unos señores que no parecen haber sentido una sola emoción en toda su vida” (1983; 16)¹.

Como todo autor renovador, que propone nuevas interpretaciones, que no se conforma con el estado de las cosas, que rechaza teorías consolidadas y sacrosantas y expone nuevas interpretaciones de los hechos, Sebold fue discutido y criticado. Lo sigue siendo y probablemente lo será durante mucho tiempo. Síntoma inequívoco de que sus ideas y sus propuestas están dentro de la historiografía de la literatura española y que hay que referirse a ellas, aunque sea para rechazarlas.

Hasta que Sebold terció en la disputa había dos grandes interpretaciones de nuestro romanticismo que se enfrentaban entre sí y que, al tiempo que se oponían en lo literario, daban muestras de un común concepto ideológico. Edgar Allison Peers concebía el Romanticismo como una vuelta a la auténtica tradición nacional, al Barroco, al Siglo de Oro, al catolicismo y a todos los elementos anexos a una visión tradicional y conservadora de la sociedad, la moral y la vida. La tendencia contraria, que arranca ya desde la airada contestación de Ángel del Río a las ideas de Peers, identifica Romanticismo con

¹ Aunque la agresividad también puede encontrarse en otros autores No parece muy justo, al menos con Cadalso, calificar las *Noches lúgubres* de «miserable engendro compuesto en 1774 y publicado tan solo en 1798» como hace Picoche para oponerse a las ideas de Sebold, enfatizando la poca importancia de los rasgos románticos que el norteamericano detalla en su análisis. (Picoche, 1989; 298).

revolución y con el liberalismo de la época y por ella afirma rotundamente que era una planta nacida fuera de España, llegada tardíamente y que había arraigado poco y mal en nuestro terreno y por ello había dado escasos frutos de calidad. En el fondo ambas teorías partían de una misma concepción: la sociedad española era incapaz, por sí misma, de renovarse y de superar lo establecido. La literatura española o volvía al pasado (Peers) o se alimentaba de las ideas y de las obras venidas de fuera (del Río). Ambas teorías incidían en el complejo de inferioridad cultural, en la autodenigración con la que tantas veces España se ha mirado a sí misma.

La discusiones sobre el Romanticismo viajaban en círculos, tocando una y mil veces las mismas fuentes: la polémica de Böhl de Faber, Mora y Alcalá Galiano; las obras de Agustín Durán; *El Europeo*; el prólogo de *El moro expósito*... Sebold no se conformó, entró en las bibliotecas, buscó en los archivos, peregrinó por librerías de viejo, leyó autores y obras que nadie había leído y reunió, con su visión crítica y personal, una formidable batería de datos. Y así puso sobre la mesa, en 1971, el nombre de José Cadalso. Aquel libro en inglés se llamaba *Colonel Don José Cadalso*. Pero Sebold lo reescribió en español y tres años después lo republicó con un título que dejaba bien claro que el entonces joven crítico venía con ganas de armar ruido: *Cadalso, el primer romántico europeo de España*.

Es la primera aparición, pública y notoria de la propuesta crítica de Sebold. El apasionado enamorado de España no estaba aquejado de los complejos y los sentimientos de inferioridad con los que tantas veces los españoles hemos mirado nuestra literatura. Miró nuestro siglo XVIII con ojos nuevos, y encontró en ese siglo riquezas y joyas que quiso exponer a los ojos de sus compatriotas de adopción. Miró a la literatura española y vio en ella la historia de una coherencia, de un esfuerzo de modernización y adaptación a los tiempos, de una creatividad incesante y cautivadora. Y con toda la fuerza de su impetuoso corazón se dedicó a contarnos la historia de nuestra, de su literatura. Una historia de una literatura viva, pujante, renovadora y avanzada: «el romanticismo es un fenómeno que se produce evolutivamente, lo mismo en España que en los demás países de Occidente, merced a la interacción entre la poética neoclásica y la filosofía de la Ilustración, empezando a manifestarse hacia 1770 y prolongándose, bajo diferentes variantes y paralelamente con otras tendencias literarias por espacio de unos cien años» (1983; 7). La visión del romanticismo español para Sebold sería la de un movimiento literario iniciado hacia 1770, y por lo tanto, sin ningún retraso respecto al romanticismo europeo.

Treinta y seis años después de aquel libro sobre Cadalso. Russell P. Sebold volvía a exponer sus ideas y sus teorías en la, desgraciadamente, inconclusa *Historia de la Literatura Española*, que dirigió Víctor García de la Concha. En el volumen 8, coordinado por Guillermo Carnero, expuso su teoría del Romanticismo y disertó sobre la poesía romántica. En el 9, bajo la coordinación de Leonardo Romero Tobar, sus páginas versaban sobre las *Rimas* y las *Leyendas*

becquerianas. Es buena muestra de que la propuesta que hizo en 1971 el hispanista de Dayton no fue flor de un día ni extravagante ocurrencia, sino fuente copiosa y permanente de nuevas formas de conocer nuestra literatura.

No es de extrañar, por tanto, que este incansable cazador de textos y de autores, que este lector minucioso, compulsivo, torrencial, haya sido un consumado editor de textos literarios. Hace poco, en estas mismas páginas, tuve ocasión de hablar sobre su labor editorial. Y me permito repetir lo que dije entonces (2010; 221):

“Desde que en 1960 apareció el primer tomo del *Fray Gerundio*, hasta la edición del *Teatro original completo* de Iriarte, en este año del 2010, han transcurrido cincuenta años. Cincuenta años de dedicación a la literatura española del ochocientos, de amor a nuestra literatura y a nuestra lengua, cincuenta años en que este americano que vive «exilado en su propio país» ha trabado una amistad entrañable, íntima y enriquecedora con José Cadalso, con Gaspar Melchor de Jovellanos, con Diego de Torres Villarroel, con Ignacio de Luzán. Allá por 1976, Sebold escribía lo siguiente: «En sus pequeños ensayos críticos Azorín recrea las personalidades de escritores del pasado, uniéndose espiritualmente con ellos a través de la contemplación de sus obras, o sea, recreando en parte su propio espíritu a la imagen del escritor de quien habla en cada caso. Tal relación, a pesar de no darse entre contemporáneos, se caracteriza por un sentimiento análogo a esa concordia platónica que se asocia a la perfecta amistad entre hombres de almas allegadas». Palabras que describen perfectamente la actitud de Sebold ante sus autores y que hacen comprender esta otra declaración de treinta años más tarde: «Enseñar bien una obra individual, ilustrada, romántica, realista, etc, requiere primero que se haga sobre ella una investigación lo más definitiva posible, porque solamente armados de una abundante información sobre ella, podemos confiar el que al aplicar nuestra sensibilidad a su interpretación, podrá coincidir con la sensibilidad del autor. Enseñar bien la prosa de Torres Villarroel, o el verso de Meléndez Valdés es, entonces, ir al aula provisto de datos y más datos, pero es igualmente importante vivir, celebrar o llorar cada uno de esos datos ante el público de alumnos» (2007, 194). Son palabras de Sebold a propósito de la actividad del profesor en la clase, pero perfectamente válida también para esa forma de la enseñanza que constituye una edición crítica. No en vano las ediciones de este desterrado de otro país y de otro siglo van dedicadas «A Torcuato, Amato y Tediato, triunvirato, heraldos del romanticismo español», «A la pobre esposa analfabeta de Luzán», «A Nuño y Tediato, amigos de toda la vida», «A María Ignacia también, pues sin ella hubiera quedado pobre el romanticismo mundial». Y no es la menor, ni la menos importante de las prendas de estos libros, de toda la obra del americano, el haber sido capaz de transmitir gran parte del amor y de la pasión con la que él se ha acercado a sus tiernos amigos dieciochescos.

Me atrevo a decir que en ningún otro período de nuestra literatura ni en ningún otro crítico puede concurrir el hecho de que haya un editor literario

que sea el responsable, el único responsable, de que un buen número de las obras mayores de nuestra literatura esté a disposición de los lectores interesados, y no perdidas en ediciones polvorientas, ignotas e incomprensibles.”

Todo esto le debemos a Russell P. Sebold, este español de los EEUU que hablaba castellano con inequívoco acento anglosajón, para desesperación suya, y que era maestro de la prosa crítica porque a fuerza de amar, leer y escribir el español se convirtió en uno de los mejores escritores que han existido en este pequeño mundo nuestro de la historia y de la crítica literaria.

Ahora que ya no está, siempre quedará un hueco en las estanterías en el que nunca podré colocar ese nuevo libro en el que ya estaba pensado y trabajando, sin duda, mi amigo y maestro Bud.

Español por amor, por deseo y por elección. Grande por temperamento y por obra. Russell P. Sebold, Grande de España.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

BIBLIOGRAFÍA

- PICOHE, Jean-Louis. (1989). «¿Existe el romanticismo español?» en *El Romanticismo*. Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección «El escritor y la crítica».
- SEBOLD, Russell P. (1983). “Introducción” en Diego de Torres Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la corte*. Madrid. Clasicos Castellanos.
- SEBOLD, Russell P. (1983). *Trayectoria del romanticismo español*. Barcelona. Editorial Crítica.
- SEBOLD, Russell P. (1989). «Sobre el nombre español del dolor romántico» en *El Romanticismo*. Edición de David T. Gies. Madrid. Taurus. Colección «El escritor y la crítica».
- SEBOLD, Russell P. (2003). *Lírica y poética en España, 1536-1870*. Madrid. Cátedra.
- SEBOLD, Russell P. (2007). “Aquel extraño paréntesis entre los siglos XVII y XIX (Reminiscencias de un dieciochista impenitente)” *Dieciocho*, N° 30.1. 189-196.
- SEBOLD, Russell P. (2010). *Concurso y consorcio: letras ilustradas, letras románticas*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca.
- SEBOLD, Russell P. (2011). “Reminiscencias de un lector de Palacio Valdés”. *Salina*. 25. 105-114.